

¿QUIÉNES SOMOS? EL RELATO MORAL DE LA CIUDADANÍA

JULIO SEOANE PINILLA: *El regazo y la trama. Sentimientos modernos y virtudes cívicas*, Barcelona, Horsori, 2009, 145 pp.

Al iniciar la lectura de *El regazo y la trama* lo primero que advertirá el lector es que le están narrando un cuento. El autor hace uso de la metáfora del cuento y su moraleja al punto que se convierte en el registro en que aparece escrita esta reflexión filosófica sobre cómo hemos abandonado el relato de la ciudad democrática moderna.

Sí, *El regazo y la trama* nos refiere un cuento, el cuento del sentimiento moral y las virtudes ciudadanas. El autor vuelve su mirada al discurso de la ilustración escocesa, busca en el desplazamiento de la pasión al sentimiento la clave del lenguaje moral que, para él, ha articulado nuestro sentimiento de ciudadanía. Su preocupación por hallar un espacio en la ciudad moderna desde el cual dirigirnos a nosotros mismos para construir la ciudad que queremos, recorre el relato de la moral sentimental que la novela sentimental moderna ayudó a articular y al que la *Nueva Eloísa* de Rousseau dio su acabamiento. En ese entramado, Seoane busca lo que él denomina pre-juicio —al que cabe hallarle en el cuento cerca de cuatro definiciones— y que principalmente denomina como lo anterior al juicio. Su finalidad no es otra que advertirnos que la moral sentimental es el prejuicio desde el que cabe continuar la trama del relato moral en que sentimiento y virtud se entrelazan para articular el bien de la ciudad.

J. Seoane presenta un relato moral, un cuento, como gusta llamarlo, con moraleja. La moraleja sin embargo no es un momento de cierre más bien recupera lo

andado y propone formas de seguir el cuento, de ahí que el autor incluso realice cuatro comentarios a la moraleja que consiste en tomarse en serio y profundizar el debate de la educación para la ciudadanía. Su objetivo no es otro que aportar los elementos desde los cuales la ciudad moderna, la ciudad europea, se definió a sí misma como sede de las virtudes; se contó el cuento —para seguir con la figura que propone el autor, de que esas virtudes eran lo que definía el bien público, el buen obrar entre ciudadanos. Pero para conocer ese bien haría falta sentirlo mediante un relato, debía ser contado y abrir los espacios para un vocabulario en el que se articulan los sentimientos morales, unos sentimientos que pueden dar razón de sí (54) y que no son ni el complemento de la razón ni su antítesis, sencillamente, como nos relata, son las opciones desde las que se narra nuestra identidad moral.

La cuestión estriba más que en explicitar el relato de las fuentes del moralismo sentimental, en contar el cuento de su abandono, de su olvido y dar cuenta así de un presente que se cuestiona por el sentido de una práctica cívica virtuosa. Pero virtuosa no en un exclusivo sentido republicano. El autor pronto nos advierte que republicanismo y liberalismo se han ido entretejiendo en la historia moderna para configurar el sentido de lo que entendemos por una ciudad democrática. No es que la relación entre ambas tradiciones no esté libre de conflictos, pero nuestro presente responde a su forma de entretejerse en el discurso sobre la ciudad que queremos. Por ello, la práctica cívica será virtuosa en cuanto haga posible la vida en una ciudad plural cuyo bien se establece vía democrática.

En el cuento aparecen dos cuestiones clave. Argüir la relevancia del discurso moral de la modernidad como base de la construcción de una ciudad democrática y, por otro, la importancia de una educación ciudadana entendida como la opción por legar un ámbito desde dónde considerar lo que pensamos es nuestra ciudad, nuestro lugar de convivencia, habitabilidad, nuestro medio social, cultural, político y económico. Así, ante el reto de la inmigración Seoane no se desdice en que es la moral de esta ciudad moderna la que debe imperar. No porque sea la única sino porque, en clave rortiana, es la nuestra, la que tenemos y la que enseña que sin ella no hay ciudad que pueda quererse, que sea amable y por ello defendible. Así, entre Hutcheson, Hume, La Rouchefoucauld y Rousseau, el cuento de Seoane también se hace eco de la propuesta de Richard Rorty de dejar a un lado los fundamentos de la moral y dedicarnos más bien a contarnos historias morales que puedan movilizar a un sentimiento de solidaridad. La ciudad es estar con otros y su relato busca crear una relación, forjar una identidad, una lealtad que conduzca a la solidaridad, por eso advierte que no se trata de un «buen rollo» (112) sentimental, sino de la creación de lazos de fraternidad, de marcos desde los cuales apostar por ésta y por la solidaridad con la situación de nos-otros. Con todo y ello, Seoane ya nos advierte que no asume las consecuencias políticas de Rorty y si al menos no lo hace por lo que toca al individualismo, sí cabe reconocer en el cuento un etnocentrismo matizado. Con la defensa de nuestra ciudad y de nuestro sentimiento viene una apelación al prejuicio, a lo que no se cuestiona, a aquello que se pasa cuando se educa y nuestro autor no oculta que ese prejuicio es parte de la educación en tanto se trata de «pasar trozos de vida». El problema que surge aquí es ¿de dónde salen las herramientas para

andar por sobre el prejuicio, para que se convierta en otro juicio, ahora más completo y menos gratuito? Los defensores de la modernidad han argüido que ésta nos da las claves para superar esos prejuicios, para hacer una crítica de nosotros mismos, hasta para ironizar para decirlo con Rorty. Pero aún así, creo que vale distinguir entre reconocer que podemos pasar prejuicios a nuestros hijos y asumir que el relato moral son los prejuicios que nos vamos contando como seña de identidad en la ciudad.

Nuestro autor insiste en que no se trata de aportar argumentos, sino sentimientos morales ya que con éstos si bien se duele uno del no cumplimiento de la virtud también se regocija con la virtud. Porque estos sentimientos vendrían a ser «los trozos de vida» (100) que podemos pasar en la escuela, hacerlos vivir, revivir y con los cuales recrear una situación que como acción susceptible de virtud pueda ofrecer herramientas para que el prejuicio algún día se convierta en juicio, pueda dar cuenta de ese sentimiento. Esta sería su propuesta, de ahí que la educación por la ciudadanía sea la opción elegida por nuestro autor para proponer elementos a un debate que, de acuerdo con él, parece desorientado pues más que recetas, axiomas y argumentaciones requiere hallar su «sentir» en el sentimiento. La ciudad en que queremos vivir requiere educar en ella, que quienes la viven, y quienes la habitarán, conozcan y aprendan a sentir ese proyecto de ciudad democrática. Por ello la educación para la ciudadanía es, por excelencia, tarea primordial de la escuela de la ciudad, de la escuela pública.

Haberse tomado en serio el problema de la educación para la ciudadanía, de presentar el relato sobre el qué erigir un contenido que no sólo sea transmitido, sino que pueda sentirse y hacerse propio, que invite a sentir la valía de ser parte de

una ciudad democrática es el propósito que acompaña al autor al presentar el relato moral como una opción para vivir en la ciudad. Sí, el libro trata de la educación para la ciudadanía y lo hace desde un registro histórico-filosófico en el que busca las claves de un vocabulario desde el cual sea posible orientar la acción ciudadana, la vida pública, la conformación de ese *regazo* en que se teje la *trama* —por seguir con su metáfora— de los sentimientos y las virtudes cívicas.

Que el autor parezca dejar a un lado el fundamento e indagar en esa otra vertiente de la ilustración que es el sentimentalismo no implica que en la forma del cuento no haya una propuesta normativa que aunque abre las puertas al debate no cuestiona, sin embargo, la trama que nos ha conducido hasta aquí, ni la trama del cuento ni la trama del tejido que ha ido constituyéndonos. De ahí que parta de la premisa de que indagar en las fuentes que aportó el sentimentalismo moral pudiera abrirnos los oídos a un nuevo vocabulario en que pueda decirse nuestro proyecto de ciudad democrática.

Aún así quedan algunas preguntas sin respuesta. He apuntado ya la de los prejuicios, pero aún hay otra que consi-

dero relevante y que guarda su relación con la instancia crítica desde la que supe- rar esos juicios que nos anteceden, los pre-juicios. Seoane considera que el sentimiento puede dar razón de sí (54), la pregunta es si en ese dar cuenta de sí se puede prevenir una práctica del hedonismo que nos haga complacientes con la trama de la ciudad, que antes que recrear la trama de lo que somos nos convierta en ciudadanos satisfechos y conformistas. O, si los sentimientos morales podrían advertirnos de un esteticismo ramplón en una vida social marcada por su pronunciada inclinación al consumismo. Acaso ¿no es este el marco en que nuestro vocabulario moral también se articula? Estas cuestiones forman parte de las tareas de un debate sobre el contenido de la educación para la ciudadanía. Por ello comparto con el autor que ciudad y escuela están unidas y que al ocuparnos de dicha educación, como nos recuerda a lo largo del cuento, lo hacemos porque lo que está en juego es quiénes somos, la ciudad en la que queremos vivir, en suma, el proyecto de una vida en democracia.

Martha Palacio Avendaño
Universitat de Barcelona

LA ACTUALIDAD DE SCHNEEWIND

J. B. SCHNEEWIND: *La invención de la autonomía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, 747 pp.

La traducción al español de *The invention of Autonomy* es una buena noticia para los estudiosos de la historia de la filosofía moral y para los estudiantes de filosofía en general. Esta obra se ha convertido, en pocos años, en la mejor y en la más para-

digmática exposición de la historia de la ética moderna. El número de citas de la obra en los escritos filosóficos de la última década muestran la enorme influencia que ha ejercido y que sigue ejerciendo.

Creo que es la mejor, porque tiene un carácter comprensivo y exhaustivo, al tiempo que quiere mostrar la imbricación de todos los hilos en el establecimiento de una nueva ética, cuyo tortuoso camino